



## CONSIGNA LIBERTARIA

**SELNICH VIVAS HURTADO**

Escritor , profesor de literaturas  
ancestrales Universidad de Antioquia

Chinelo Okparanta  
*Under The Udala Trees*  
London: Granta, 2015

Un desahogo liberador contiene el ambiente social y afectivo de la obra: “Mama I can´t. I can´t anymore” (p. 322) [Mamá, no puedo. Yo no puedo más]. Chinelo Okparanta (Port Harcourt, Nigeria, 1981) somete el cuerpo y los deseos de Ijeoma al rigor de

la historia patriarcal y de la brutalidad neocolonial durante trescientas páginas. Solo al final de la novela, cuando Ijeoma ya no aguanta más vejámenes, explota y logra romper con las cadenas de la opresión racista, machista y homofóbica. Solo después de haber vivido en miedos, sueños y mudeces el significado de la guerra, el etnocidio y la discriminación, Ijeoma alcanza la comprensión de su ser: mujer sabia, respetuosa, honesta, amorosa. Tal vez nos parezca que la escritora nigeriana, formada en los talleres de escritura creativa de la Pennsylvania State University, alargó demasiado la novela, puso a prueba excesivamente la capacidad de resistencia de su personaje. Tal vez hubiera bastado un solo crimen para entender la dimensión del desastre, de la desgracia. Pero a ella no le parecía suficiente. Quiso mostrar los entrecruzamientos de una interseccionalidad letal: mujer ibgo, mujer huérfana de padre, mujer afro, mujer lesbiana. Los crímenes que asedian a las mujeres en desventaja social y cultural han sido subestimados, nos dirá Chinelo Okparanta.

Por ver a diario las agresiones contra la mujer nos parecen naturales y ya no las denunciarnos. Hombres y mujeres son cómplices de este mecanismo de opresión. La violencia contra la mujer es un síntoma de la barbarie humana. Nada hace excusable que en la guerra la mujer sea convertida en objetivo militar, que las niñas sean separadas de sus padres, que la guerra convierta en sirvientes a los más indefensos, que

la adolescencia se culmine con matrimonios heterosexuales forzados o arreglados, que haya obligatoriedad de la procreación. Nada excusa que un cuerpo femenino con afinidad por los cuerpos femeninos deba vivir escondiéndose de sí mismo por temor a ser apedreado por la sociedad. Ijeoma es la líder silenciosa que protesta contra la homofobia y el etnocidio en Nigeria. En 2014 el presidente Goodluck Jonathan, graduado en zoología y ciencias políticas, aprobó la ley que autoriza a apedrear o condenar a catorce años de prisión a las parejas homosexuales y lesbianas. Ijeoma guarda memoria de la persecución y el odio entre igbos, yorubas, hausas y fulani. La disputa por el petróleo entre las fuerzas extranjeras estimuló las disputas por el poder entre esos grupos poblacionales. Los hausas y fulani del norte, de mayoría islámica, frente a los yoruba y los igbo, de mayoría cristiana, se enfrentaron entre 1967 y 1970.

La población igbo orientada por un dictador traicionero quería fundar la república de Biafra para así tener el control sobre el petróleo. Los hausas, fulani y yoruba no lo permitieron. La respuesta del Estado nigeriano, apoyado por el Reino Unido, diezmó a los revolucionarios separatistas y condujo al pueblo igbo a un *pogrom*: encierro, bombardeo y exterminio sistemático. Lo que a la postre dejó más de diez mil muertos y secuelas imborrables. Después de la consolidación de la democracia en 1999, Nigeria prometía brindar libertad, protección y prosperidad a la gran variedad de lenguas, culturas y religiones. Esta promesa, como muchas otras, fue incumplida. A la partida de los británicos quedaron sus secuaces y de ellos solo se podría esperar lo peor: gobiernos golpistas disfrazados de civilidad pero amparados en nuevas formas tecnificadas de violencia. A pesar de implementar los sistemas democráticos, en esta nación no se detuvieron los crímenes contra las diversidades culturales y sexuales.

Ijeoma cuenta la historia para que su hija, Chidinma, pueda entender por qué la madre no puede amar a Chibundu, un hombre moderno y en apariencia comprensivo con quien está casada. Ijeoma narra cómo se enamoró de una muchacha hausa, Amina, y luego de una igbo, Ndidi, sin lograr convencer a su madre, Adaora, del desastre que causaría en su cuerpo y en su ser si la obligaba a casarse con un hombre y a tener hijos. Los fundamentalismos ideológicos justifican los crímenes más horrendos dentro de la familia. En medio de estas circunstancias, ¿cómo aceptar que, si los hausa habían bombardeado y asesinado a Uzo, el padre, la hija se pueda enamorar de una hausa? ¿Cómo superar los prejuicios y escuchar el corazón de la hija? Ijeoma confirmó el sentido de la vida y el atrevimiento erótico en los brazos de Ndidi, ¿por qué no podría hacerlo en los brazos de Chibundu, un joven apuesto, trabajador y fiel a su amada mujer?

Los igbo cantaban victoria antes de tiempo, confiaban en que “Biafra, win the war” (p. 4) [Biafra, gana la guerra]. Y cantaban en lengua igbo para avivar el odio y luchar contra la invasión de su territorio. Pero todo fue inútil. Asimismo, con la misma pasión, el amor por Amina, le

brindó a Ijeoma la fortaleza para vivir sin padre ni madre, la ilusionó con una vida distinta lejos del matrimonio heterosexual. Sin embargo, cuando Adaora reapareció, luego de años de ausencia, portaba una fe cristiana más férrea y dogmática que antes del comienzo de la guerra. Las oraciones de la madre, bombas sobre el cuerpo de la hija, pulverizaron los sueños adolescentes de Ijeoma y Amina. Mientras que Amina siente que ella y su novia “we might as well be married” (p. 118) [bien podríamos estar casadas], Adaora considera que esta aberración, abominación, es un pacto con el diablo y debe ser combatida a través de la fe en Jesucristo y el aislamiento de las malas compañías. La escena más perversa de la novela nos muestra a la madre orando a Jesús, con la mano puesta en las trenzas de Ijeoma, pidiendo por la pronta sanación de su hija supuestamente enferma.

Adaora ilustra a la perfección la sociedad modernizada, democrática y represora. Quiere que la hija se eduque, pero que lo haga bajo los principios de su iglesia católica. A Ijeoma, dice Adaora, no le queda otra opción que reprimir y borrar sus sentimientos: “No more of that nonsense between you and that girl” (p. 134) [No más de esas tonterías entre tú y esa chica]. “The devil has returned again to cast his net on you” (p. 150) [El diablo ha retornado para lanzar su red sobre ti]. Ijeoma cree en un dios y se sabe fiel a los rezos, pero no puede compartir la lectura que Adaora hace de los textos bíblicos. El amor, en la lectura de Ijeoma, también es aceptable y deseable cuando va de una mujer a otra, de una madre a su hija, de una amiga a su amiga. El amor sana cuando es mutuo de lado y lado; enferma, cuando no es compartido. Adaora, en cambio, lee de manera literal. En la *Biblia* se habla de Adán con Eva nunca de Eva con Eva.

Adaora se expresa de este modo en contra de la sabiduría ancestral africana. Allí se ha dicho que el árbol de *udala* es el árbol de la fertilidad. Si dos chicas se sientan a su sombra se enamorarán con la misma intensidad que un chico y una chica. En la sabiduría africana se dice que “wood already touched by fire isn’t hard to set alight” (p. 117) [la madera que ya ha sido tocada por el fuego no es difícil de encender]. Esa madera que conoce el fuego no es de menor valía ni menos sabia. Su cuerpo ya habla entre susurros y caricias. Oponerse a ello —bajo la idea de que a partir de este momento debe abandonar lo que es y fingir ser otra persona— provoca un bombardeo, encerramiento, exterminio del ser auténtico. Una segunda guerra. Esta vez contra el cuerpo de una muchacha igbo: “Remember, you’re a new person now” (p. 134) [Recuerda, tú eres una nueva persona ahora]. ¿Es admisible combatir contra una misma y prohibirse ser lo que una es por mandato de la madre, del marido, de la hija, de la iglesia, de la sociedad? Sí, es posible, pero esta salida lleva al suicidio inmediato o postergado. Ijeoma, por fortuna para sí y para su hija, se desahoga antes y logra vivir. Ella, a diferencia de Biafra, sí gana la guerra contra el autoritarismo, el sexismo y la homofobia.

El destino estaba trazado para que Amina e Ijeoma fueran obligadas a casarse con hombres de su respectiva religión y cultura. Amina volvió



al islam y formó una familia en el norte de Nigeria. Ijeoma luchó una vez más por mantenerse en sus principios. Descubrió en Ndidi, una maestra de escuela secundaria, la razón para oponerse al matrimonio con Chibundu. Pero la presión social la convenció de ser una mujer de bien, de su hogar, con marido e hija. Ijeoma vivió obligada a callar, obligada a mentir, obligada a dejarse penetrar por un falo y ser fecundada. Todo ello es, desde el sentir de Ijeoma, una afrenta a la misma sabiduría bíblica, islámica. Ijeoma estaba a punto de “becoming just like the men she was condemning” (p. 166) [convertirse exactamente en los hombres que ella condenaba]. Teológicamente, para Ijeoma era más sagrado y más fiel a dios rechazar a un hombre cuando se amaba a una mujer.

Entusiasmo significa pactar con un dios para que cuando se le invoque venga a vivir dentro de mí. Estar entusiasmada, por tanto, solo es posible cuando de repente, y con una dulzura descomunal, ese dios comienza a habitar en mí. No hay razón para explicarlo. Basta que se le invoque, que se le recuerde, que se le vea o huela para que ese dios entre en mi cuerpo y avive mis fuerzas ocultas. Ese dios no es necesariamente masculino. El pacto se puede hacer con una diosa. Ijeoma y Chibundu tienen algo en común: ambos se entusiasman por una diosa distinta. Pero mientras que las prácticas amorosas de Chibundu no encienden el fuego de Ijeoma, las de Ndidi sí. Chibundu actúa con rectitud, quiere cumplir sus funciones reproductivas y aumentar los feligreses de la iglesia. Chibundu distingue entre lo público y lo privado del afecto en pareja. En lo público, “he placed a gentle kiss on my cheek, and I allowed him to do so” (p. 220) [él me dio un beso tierno en la mejilla y yo le di permiso de hacerlo así]. Ndidi, al contrario, quiere fundar una nueva iglesia, la “Fountain of Love” (p. 190) [fuente de amor]. Allí lo público se hace privado. Es posible y estimulante acariciar a la amada dentro de la iglesia. Allí las fuerzas incontrolables comandan la espesura del lenguaje y cualquier movimiento consagra el misterio. Ijeoma sabe cómo habitar el cuerpo de Ndidi: “She gasped. The gasping transformed into



moaning. I moved my fingers slowly in and out. I rubbed gently in small circles, slow a first and then faster” (p. 200) [Ella jadeó. El jadeo se transformó en gemido. Yo moví suavemente mis dedos hacia adentro y hacia afuera. Froté con cuidado en pequeños círculos, lento primero y luego rápido]. “Mama I can’t. I can’t anymore” es una consigna libertaria, de hija a madre, de nieta a abuela: Nadie te puede obligar a sentir deseo por ningún dios que no hayas invocado con tus jadeos y gemidos. Si tu cuerpo no siente pasión el acto sexual se convierte en una forma de opresión. Ijeoma aconseja a su hija sin aleccionarla; solo le cuenta una historia íntima, muy privada. De esas historias que las madres nunca cuentan. Le da la libertad de visitar al árbol de *udala* en compañía de quien ella elija.

De hecho, Chidinma comprende la dimensión política de la lucha de su madre solo hasta que muchos años después, siendo ya profesora de la Universidad de Lagos, lee en la prensa que hombres y mujeres con frecuencia golpean y apedreen a las parejas de homosexuales y de lesbianas. Aún dentro de la universidad, los profesores recriminan a quienes expresan su afecto a una pajera del mismo sexo. Chidinma quiere sanar su familia. Lleva el tema a casa de Adaora, ella que también conoce esas noticias, toma distancia frente a su propio credo: “Even among Christians, it can’t be the same God that we worship!” (p. 317) [¡Incluso entre cristianos, parece que no adoramos al mismo Dios!] Chibundu tampoco queda por fuera de la sanación. Cuando Chidinma le habla de sus estudiantes lesbianas, el padre responde: “Well, that’s life. These things happen” (p. 318) [Bueno, así es la vida. Estas cosas pasan]. ■



Chinelo Okparanta  
Foto: Kelechi Okere